



La muerte de Sócrates, de Jacques-Louis David (1787)

EDITORIAL

SENDAS DE LA VIDA FILOSÓFICA

La idea de que la filosofía no es sólo un modo de saber, sino también un modo de vivir se remonta al mismo nacimiento griego del filosofar, y se renueva cada vez que la filosofía marca sus caminos, trazas y rupturas a lo largo de la historia. De otro lado, a la hora de determinar qué actitud vital o a qué tipo de vida ha de llevar o presupone el filosofar radical, los modelos y las circunstancias de cada pensador y de cada tiempo marcan sin duda estilos diferentes.

Aristóteles tematizó ya de modo nítido la importancia del ocio para el cultivo de la filosofía, emparentando la admiración de la mirada teórica ante el mundo con la misma admiración estética del espectador. Un ocio que lejos de ser desconexión propiciaba la capacidad de atención y el cultivo del pensamiento de modo pleno. Ahora bien, si hubo en la Antigüedad una figura que expresó la vida filosófica, esa fue la de Sócrates; quien con su conducta nos recordó que la vida del filósofo no solo implicaría examen, sino decisión y compromiso radical, incluso la misma muerte, tal como nos subraya el épico cuadro de J-L. David. En este sentido muchas veces la urgencia y situación de crisis desde donde se ha desarrollado la filosofía moderna, redefinirá muy bien la vida filosófica desde ese compromiso activo, o también desde la empatía y solidaridad ante la injusticia y el sufrimiento que parece algo tristemente inextirpable de todo existir y toda sociedad. El filósofo en su vivir se podrá erigir a veces como posible faro rector que ilumina las andanzas de sus coetáneos, pero acaso en más ocasiones asume ese papel casi marginal o naufrago que carga con una existencia de difícil justificación y sentido radical en un mundo sordo y hostil a la consideración pensante y a la asunción pasional de la tarea de existir de modo coherente, radical y veraz.

En este número presentamos una serie de artículos y estudios que junto con otros temas, abundan e iluminan estas cuestiones y ayudan a enriquecer la idea de una vida filosófica en sus diversas posibilidades. Así el primero de los artículos aborda el tema del “ocio valioso” en la *Poética* de Aristóteles, destacando el valor de que nuestra relación estética con las obras poéticas tiene de valioso para encaminarnos al ideal de una vida plena y reflexiva, en un sentido semejante a la misma valoración aristotélica de la vida teórica. En esta línea de aquilatar una idea valiosa del ocio, ensaya el tercer

artículo una lectura original de la obra de Walter Benjamin, especialmente en su reflexión sobre el narrador y su ocaso en la edad contemporánea; una revisión de este tema se presenta como hilo conductor de algunos importantes elementos emancipatorios y críticos de la obra benjaminiana. El segundo artículo está dedicado al papel crucial que el sufrimiento tiene en la filosofía de Schopenhauer, como vía imprescindible para acceder a la comprensión del mundo, contratando así frontalmente en parte con la visión clásica de la vida del filósofo; implicando la vida del pensador en el compromiso, pero también en el pesimismo acerca de la existencia humana. Y es que el pensador moderno, a pesar de poseer un utillaje filosófico más sutil y aquilatado, siempre vive el ejercicio filosófico más como una supervivencia y una resistencia que como un triunfo definitivo. En este sentido los dos últimos artículos aportan reflexiones de gran interés. El penúltimo llama la atención acerca de que el vitalismo de Ortega nunca desdeñó el trabajo del *conocimiento conceptual*, y en ese ejercicio del pensamiento en la aventura de la vida y su orientación radical es donde se cifra el sentido del raciovitalismo. El último artículo, de la mano de Hans Blumenberg, nos plantea sin embargo el fondo *inconceputable* de toda actitud teórica, que lejos de llevar a su colapso, la abre a una nueva consideración de la metáfora, y así el artículo está dedicado a la célebre metáfora del *naufragio* como clave antropológica, planteando la disyuntiva ya vista por Lucrecio, de ver o participar y sufrir ese naufragio. A Lucrecio está dedicado el primero de los estudios, y nos recuerda que ya en la antigüedad tardía, la filosofía se presentó como saber seguro, no siempre confortable, en un mundo crecientemente incierto, un saber que acorde con la naturaleza, pudiera propiciar una norma moral plausible. En el mundo moderno en sus diversos contextos, la razón y la ciencia serán fuente de seguridad e incluso de pauta moral; pero no sin crisis, o alternativas. Si el penúltimo de los estudios nos descubre la fuerza del espíritu kantiano en el ideario pedagógico de los Maeztu, en el contexto español; el tercer estudio aborda con gran detalle la aportación de J. G. Hamann a una crítica de la misma razón ilustrada como un nuevo, inesperado, *falso Sileno*. Hamann no se presenta como irracionalista, sino como ese nuevo Sócrates, al que apela explícitamente en una de sus obras, que nos previene de las posibles falacias y cadenas de la misma Ilustración. En este sentido, la literatura contemporánea es una compañera imprescindible para avisarnos de los límites de la razón moderna. Así el segundo de los estudios brinda un interesante análisis de la *acedia* en *El Extranjero* de Camus, y nos plantea la paradoja de las acciones reprobables injustificadas o inesperadamente dependientes de factores ajenos a toda consideración racional, como ese sol asfixiante que sumió a Meursault en su crimen. La vida del filósofo nunca debe dar ningún condicionamiento por superado, acaso ahí radica la relación más creativa con nuestras determinaciones. Como colofón se brinda en el último estudio un desconocido y estimulante diálogo del escritor Bernard Shaw con la filosofía de Bergson y la interpretación del moderno evolucionismo, destacando cómo la misma idea de vida y sus implicaciones; esa misma muerte que aparece al final de toda vida para dar o quitar su sentido, es un tema crucial en el filosofar. De otro, tanto en este estudio como en el resto del número quedan patentes las múltiples relaciones entre filosofía y literatura que el abordaje del mismo filosofar como ejercicio implica. Esto no es tal vez casual, si recordamos que el filósofo tomó el relevo de la misma palabra del poeta, para examinar al parecer con mayor rigor y veracidad las cosas del mundo y de la vida, pero a su vez, eso sería lo deseable, no con menos pasmo y emoción, pues el presunto conocimiento de lo "consabido" es más bien el umbral de la ignorancia y del prejuicio.

RICARDO PINILLA
Director de PENSAMIENTO